



# ARTE · HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



## POR QUÉ SE ESCRIBE LA HISTORIA

por el

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid.

A Luis Ponce de León.

Todo hombre se pregunta alguna vez por el sentido de lo que hace. Quiero decir: por el sentido que su acción—pensar, escribir, arar, curar enfermos—tiene para su activa existencia y para la existencia de los demás. Algunos son capaces de vivir clara y hondamente la problematización de esa pregunta, y no en cosa distante consiste la posesión de una mente filosófica. Otros, tal es el caso de cuantos viven entregados a una técnica rutinaria, apenas sienten rozada la superficie de su alma por el dardo de esa espiritual coacción. Sea, empero, honda o epidérmica la herida, sea lúcida o turbia la vivencia, cabe decir que solo el hombre, precisamente por ser hombre, es capaz de sentirse conmovido por esa sutil saeta y preguntarse alguna vez, absorto y preocupado: ¿Qué sentido tiene, para mí y para los demás, esto que hago?

Esta es la pregunta que ahora se levanta en mi alma. Soy docente de historia de la Medicina, y, por una vez, me siento obligado a preguntarme: ¿Qué sentido tiene para mí el hecho de explicar la historia del saber y de la actividad del médico? Y, por otra parte, ¿qué sentido tiene o puede tener para los demás—y para mí, en cuanto médico y hombre—el hecho de que se escriba esta historia? Como ahora no trato de hacer mi autobiografía, dejaré sin respuesta la primera de estas dos preguntas, y me ceñiré exclusivamente al problema que la segunda plantea: ¿Por qué se escribe la historia y, más concretamente, la historia de la Medicina?

1. *Los quehaceres del hombre.*—Entrégase el hombre, como es sabido, a diversísimos quehaceres: gana su vida cotidiana, juega, hace ciencia, arte o filosofía; busca espectáculos que le saquen del vivir diario, goza o sufre con la actividad de sus instintos, dialoga, ama u odia, atiende o descuida el problema de su salvación. Entre todos estos quehaceres alcanzan genérica singularidad algunos bien extraños, que denominamos *teóricos*. ¿No es extraño, por ventura, esto de que el hombre—descuidando a veces sus más urgentes necesidades vitales—se empeñe en trabajos aparentemente inútiles: hacer matemática pura, contemplar insectos o células, perseguir las vicisitudes de una molécula en el interior de un organismo vivo, leer viejos manuscritos o describir catedrales?

Dejemos intactas las cuestiones que plantea este quehacer teórico de los hombres: pasemos por alto el problema de las relaciones entre las ciencias y la Filosofía—los dos modos cardinales del saber teórico—, y observemos que el copioso elenco de las ciencias puede partirse sin violencia en dos grupos bien distintos: las que estudian la realidad presente al hombre (Astronomía, Geología, Biología, Física, Sociología, Psicología, etc.) y las que tratan de conocer lo que ya pasó, el pasado (las llamadas ciencias históricas) (1). Es el hombre, en efecto, un ser de tal

condición, que no se conforma con escudriñar lo que está ante sus ojos, y aspira a saber y entender lo que fué y ya no existe. La ciencia general del pasado humano recibe el nombre de Historiología; la descripción de ese pasado, Historiografía. Pues bien; nuestro problema es éste: ¿Qué sentido tiene la tarea historiográfica para el hombre que se entrega a ella?

II. *La Historiografía.*—Numerosos problemas, nada fáciles algunos, ofrece a una mente reflexiva la consideración científica del pasado. ¿Qué es, propiamente hablando, eso que llamamos «el pasado»? ¿Hasta qué punto pasó y hasta cuál perdura en el «presente»? ¿Qué es el conocimiento del pasado? Bien miradas las cosas, todas estas preguntas son previas a la que ahora me he propuesto. La necesidad de llegar rápidamente a ella me obliga a sustituir la respuesta a todas y cada una por una rápida consideración de lo que esencialmente es una descripción historiográfica.

Nadie lo ha dicho, a mi juicio, con tanto vigor y tanta elegancia como Ortega: «Escribir Historia—son sus palabras—es un entusiasta ensayo de resurrección.» «La Historia—ha escrito, por su parte, Xavier Zubiri—ha de tratar de instalar nuestra mente en la situación de los hombres de la época que estudiamos. No para perderse en turbias profundidades, sino para tratar de repetir mentalmente la experiencia de aquella época, para ver los datos acumulados desde dentro. Naturalmente, esto exige un penoso esfuerzo, difícil y prolongado. La disciplina intelectual que nos lleva a realizarlo se llama Filología.»

Que nadie se llame historiador si no ha sabido «resucitar» los hombres a que se refiere su narración histórica. Escribir la historia de Vesalio, por ejemplo, no consiste tanto en contar lo que Vesalio hizo y en copiar a la letra alguno de sus párrafos, como en mostrar a Vesalio en vivo; es decir, en adivinar *qué quiso hacer* con todo lo que hizo y escribió. Escribir Historia, en suma, vale tanto como *adivinar intenciones*. Esto, como todo lo que no es rutinario, requiere entusiasmo, y, por referirse a hombres que ya no existen, no puede nunca pasar de intento o ensayo. Escribir Historia es, pues, *conjeturar*, y por eso Ortega llama al quehacer historiográfico «entusiasta ensayo».

¿Para qué se entregan los hombres a esta singular faena de resucitar muertos, siquiera sea por la vía precaria de la conjetura y la narración? Por lo pronto, para dialogar con ellos. Escribir Historia es dialogar con quienes ya no existen. «Entre los muertos vivo», dijo Menéndez y Pelayo en el discurso con que recibió al joven Alfonso XIII en la Biblioteca Nacional. «Vivo en conversación con los difuntos», había escrito Quevedo, contando su entrega a la lectura de libros antiguos en su desierto de Torre de Juan Abad. Mucho antes que todos ellos lo vió nuestro viejo Galeno: «Gracias a las letras y a las manos—léese en su tratado de *usu partium*—es hoy posible conversar con Platón, Aristóteles, Hipócrates y otros antiguos.»

Nuestro problema se nos ofrece ahora con una nue-

(1) Dejo aquí sin discutir el tema de si la Paleontología y la Geología histórica son o no son propiamente ciencias «históricas», no obstante ocuparse en la descripción de lo que ya pasó.

va faz: ¿Qué sentido puede tener para el hombre este coloquio con los difuntos en que la Historiografía consiste? He aquí, ordenadas a mi modo, las distintas respuestas a esta interrogación.

III. *La Historiografía como evasión.*—Los hombres escriben a veces historia para evadirse de la época en que viven. Cuando el presente es insatisfactorio o doloroso, la sed de felicidad que tienen siempre los mortales y su capacidad de evasión imaginativa o ensañadora les llevan en ocasiones a escribir Historia para vivir en un pasado que reputan feliz. No otra cosa fueron el mundo helénico y los siglos medievales para los historiadores y los poetas del Romanticismo.

No ha sido muy frecuente entre los médicos esta actitud ante el pasado de la Medicina; mas tampoco han dejado de adoptarla. Recordemos, por ejemplo, el humanismo médico de los siglos xv y xvi. La consigna de *ritornare all'antico*, tan operante entonces, debió en muy buena parte al íntimo deseo de vivir imaginativa o prácticamente en un pasado tenido por perfecto o casi perfecto. Se traducía a Galeno y se dialogaba con él, no sólo por ser éste uno de los «padres de la Medicina», mas también por la profunda insatisfacción que en muchos espíritus producía el saber médico de la época. Galeno representaba, en definitiva, ese pasado arcádico al que muchos siglos después llamarán *les bons vieux temps*.

Pero la evasión a que se entrega el historiador no es siempre grave, con la gravedad del impulso restaurador o la desazón nostálgica; puede ser también ligera y diversiva. Escribir Historia se reduce entonces a «contar cuentos». Todos hemos conocido historiadores o lectores que se «divierten» de su insatisfactoria actualidad contando o leyendo viejas historias.

Primer sentido de la Historiografía, la evasión, que, como hemos visto, puede ser *nostálgica* o *diversiva* (2).

IV. *La Historiografía como información.*—Otras veces vuelve el hombre los ojos al pasado para aprender lo que en él hicieron sus mayores. La Historiografía es entonces una tarea de información, y el historiador, el hombre que, por haberse especializado en el conocimiento del pasado, proporciona a los demás los datos informativos que necesitan.

Nótese que el sentido del quehacer historiográfico es ahora radicalmente distinto de la evasión. Es ésta un recurso para no vivir en el propio presente. La interpretación «informativa» del conocimiento histórico supone, por el contrario, una resuelta voluntad de seguir en el tiempo en que se vive. Se evoca el pasado haciendo de él un informe o una lección que permitan al evocador vivir en su propia época mejor que hasta entonces vivió.

Tres sentidos puede tener, según los casos, la interpretación informativa de la Historiografía: el *profectivo*, el *pragmático* y el *prosecutivo* o *progresivo*.

Así como hay personas para las que el saber histórico es motivo de «diversión»—divertirse es evadirse, «vertirse» hacia otra situación—, hay otras que lo ven como ocasión de «cuidamiento» o de «provecho». Las primeras cuentan u oyen contar la Historia como una fábula divertida, con la ventaja de que esa fábula ocurrió alguna vez; estas otras, en cambio, cuentan sus saberes históricos para conseguir pequeños triunfos personales entre quienes las escuchan. El conocimiento histórico es ahora, como se ve, una información útil para alcanzar cierto éxito; saber Historia se reduce a pura granjería. ¿No es éste, por no citar sino un ejemplo, el sentido con que muchos opositores a

cátedras manejan en el segundo ejercicio de la oposición su improvisado y postizo repertorio de noticias históricas? He aquí, por qué he llamado *profectivo* (de *profectus*, provecho) a este modo de concebir la Historiografía.

La Historiografía puede ser también *pragmática*. En tal caso, se aprende Historia para obtener lecciones con las cuales acaso podrán ser resueltos los problemas ofrecidos por el mundo en que se existe. Con esa intención leían a Tucídides y a Tito Livio nuestros buenos abuelos de los siglos xvii y xviii, y no era distinta la actitud espiritual de los médicos que por entonces, o poco antes, seguían aferrados a su Galeno y su Avicena. Para los que interpretan pragmáticamente el saber histórico no habría «pasado» nada—nada verdaderamente esencial, al menos—desde que Tucídides o Galeno vivieron y escribieron. El pragmatismo puede tener la intención de continuar lo que fué y sigue siendo o la de restaurar lo que fué, ya no es y puede volver a ser; entrambas actitudes, la continuadora y la restauradora, no pasan de ser, sin embargo, dos modos accidentales de entender como información el conocimiento del pasado (3).

La información acerca de lo que fué puede ser aceptada, en fin, con intención *progresiva* o *prosecutiva*. No se aprende lo pasado para repetirlo, sino para descubrir la línea que su curso dibuja y progresar en esa dirección mediante acciones nuevas. Así interpretan los progresistas el sentido de la Historiografía.

Obsérvese, a guisa de ejemplo, cómo son manejados los datos históricos en cualquiera de los trabajos de investigación que publican las revistas médicas. El autor selecciona los tocantes a su problema y, mirándolos según la perspectiva de su propia hipótesis de trabajo, da cuenta de ellos de modo que los resultados de su investigación sean un progreso en la línea de lo que ya se conocía. El saber histórico es para quien así lo utiliza una información que le sirve como «punto de partida» (4).

V. *La Historiografía como incitación.*—El hombre que busca en el pasado una información, sea profectiva, pragmática o progresiva su designio, utiliza de algún modo en su propia acción el contenido de su saber histórico. Hay ocasiones, sin embargo, en que el conocimiento del pretérito no opera en él que lo busca y posee sino como estímulo de su propia acción. La Historiografía es entonces pura labor de incitación.

Algo de esto ocurre también en quienes utilizan pragmática o progresivamente el conocimiento histórico. Si uno quiere repetir o incrementar con su acción lo que otros hicieron antes, es indudable que la noticia de ese pasado actúa incitativamente sobre su ánimo. Este influjo incitador sube de punto, naturalmente, cuando se tiene ante los ojos la porción más ejemplar o más admirada del tiempo pretérito. Cuenta Bernal Díaz del Castillo cómo Hernán Cortés animaba a los conquistadores de Méjico asegurándoles que los historiadores del futuro dirían de ellos más que de los capitanes romanos. El mismo propósito incitador tienen las semblanzas de santos, héroes o sabios que se

(3) Distinta del puro pragmatismo es la actitud de quienes estudian la Historia para descubrir lo que de genéricamente humano y, por lo tanto, de permanente hay en los senos del mudable acontecer. Tal es por ejemplo, el último sentido de las «constantes históricas» de E. d'Ors.

(4) Hay en este proceder como un trasunto de la historiología positivista. Para el positivista sólo es «utilizable» el conocimiento del acontecer histórico desde que en ese acontecer comenzó la época «positiva», tercera de las tres que, según él, pueden distinguirse en el curso de la historia de la Humanidad. Para el investigador corriente, el saber histórico empieza a ser valioso a partir del momento en que su problema fué planteado «científicamente». Todo lo anterior es para uno y otro mera curiosidad o pura fábula.

(2) En el propósito «restaurador» no hay evasión, sino viaje de ida y vuelta. El historiador con propósito de restauración va al pasado para aprender lo que en el pasado se hizo y repetirlo. Este modo de entender la Historia pertenece, por tanto, al apartado subsiguiente.

dan a leer a los jóvenes con el fin de moverles por emulación a la acción esforzada. Recuérdese, por lo que toca a la historiografía médica, la intención estimulante y optimista de los conocidos relatos de De Kruiif.

Más pura es esta visión de la Historiografía como estímulo cuando no se busca en ella lo que en el pasado se hizo, sino precisamente lo que no se hizo. La singularidad de la acción personal consiste en hacer lo que nadie intentó antes que uno; y así, en épocas de información histórica inundatoria—tal la nuestra, por lo menos en lo relativo a la Historia próxima—, es frecuente el caso de los hombres que se vuelven hacia el pasado para descubrir los huecos susceptibles de ser colmados por el propio trabajo. ¿No es éste uno de los modos más empleados para buscar los temas de la investigación científica?

El apetito de emulación y el de originalidad son, por tanto, dos instancias que mueven a interpretar la Historia escrita como un estímulo del esfuerzo personal. Más que una información, la Historiografía es en tales casos una incitación, un estímulo. Por eso me he atrevido a reunirlos bajo un epígrafe común.

VI. *La Historiografía como instrumento.*—Quien hace del saber histórico un campo de evasión o un venero de informaciones y estímulos cumple siempre, con fidelidad mayor o menor, la razón de ser de toda Historiografía merecedora de este nombre: entabla un diálogo con los hombres que pasaron, un íntimo coloquio con sus vestigios en torno a las intenciones del autor que les dió existencia. Pero no siempre es utilizado así el conocimiento del pasado. Con frecuencia desoladora, a impulsos de eso que suele llamarse «propaganda» y no es sino la defensa activa o pasiva de un interés particular, económico o político, hace ya no pocos decenios—siglos tal vez—que los hombres emplean su saber histórico como puro instrumento de sus personales intereses (5). No importa conocer el dato histórico, sino esgrimirlo con un propósito defensivo o agresivo. ¿Cuántas veces hemos oído aducir los nombres de Platón, Menéndez y Pelayo o Vichow, sin ninguna preocupación por lo que realmente fueron e hicieron los hombres así llamados, sólo por conseguir el triunfo de cierto interés ocasional? Los testimonios del pasado truécanse entonces, según los casos, en proyectiles de una agresión o en escudos de una defensa.

(5) Recuérdese, por ejemplo, que ya Napoleón hacía de la Historia un arma de propaganda. Esta consideración peyorativa de la propaganda no excluye, antes supone, la existencia de una propaganda digna de estimación mejorativa: también hay empresas de *propaganda veritate*.

Se acerca a esta impúdica manera de utilizar el pasado el género de intención historiográfica que antes llamé «profectivo». Pensemos un momento en la polémica reglamentaria de una oposición a cátedras, para no salir del ejemplo anterior. El opositor, muy seguro de sí, lanza contra la cabeza de su adversario un texto de Aristóteles, de Letamendi o de Bergson, igual da. ¿Hasta qué punto puede decirse que, en el momento de esgrimir la cita, interese a nuestro hombre una verdadera comprensión de su improvisado saber histórico? (6). Un paso más, y ya entramos de lleno en la consideración del pasado como simple instrumento al servicio de los intereses del presente; esto es, en el manejo propagandístico de la Historia (7).

Un punto de reflexión nos hace ver que el uso meramente instrumental de la Historia escrita supone una real desvinculación respecto al pasado. El progresista y el ganoso de originalidad se interesan realmente por su pasado, aunque no sea sino para hacer lo que en él no se hizo. En cambio, quien convierte en instrumento de su interés el conocimiento histórico atiende por modo exclusivo—cínico a veces—los intereses de su propia actualidad, sea con ánimo de defensa o con propósito de agresión. Cuando se empieza a decir «después de mí, el diluvio», se acaba diciendo «anteriormente a mí, lo que a mí me convenga». Es el momento en que los hombres no vacilan en «construirse» un pasado según las necesidades de su presente.

El hombre de ciencia hállese todavía relativamente indemne de este mal. No será ocioso, sin embargo, denunciarlo antes de que acontezca el contagio.

La Historiografía puede ser para quien la cultiva evasión, información, incitación e instrumento. ¿Sólo eso? Desde hace algunos decenios se atisba una interpretación del conocimiento histórico distinta de todas las anteriores y, desde luego, más honda y completa que ellas. Nuestro Ortega y Gasset ha bautizado con una expresión feliz ésta aún inconclusa criatura del espíritu humano: «Historia como sistema». Otro día expondré cómo la Historia de la Medicina puede servir—con la observación de la realidad, la experimentación y el raciocinio—a la empresa de un «sistema» actual del saber médico.

(6) Ya sé que no siempre es éste el caso. Pero nadie me negará que mi ejemplo dista mucho de ser infrecuente.

(7) Ejemplos: la «leyenda negra», la interpretación de Platón o de Nietzsche como «fascistas» o como «antifascistas», según la postura del hermeneuta, etc.

*En las diarreas...*

FACTOR  
**PP** *Vicocrisina*  
FACTOR ANTIPLÉGICO ANTIDIARRÉICO

DIARREAS DE TIPO CARENCIAL O DE OTRAS ETIOLOGIAS  
DIARREAS CRONICAS REBELDES - DIARREAS ESTEATORREICAS  
SPRUE - DIARREAS TOXICAS DE LOS TUBERCULOSOS - COLITIS ULCEROSA  
ENTEROCOLITIS CRONICA  
ALTERACIONES DIGESTIVAS DE CARACTER FUNCIONAL, ETC.

*Medio a un comprimido después de cada comida*